

# EL CONCILIO Y LA IGLESIA

**S**IGUE de nuevo el Concilio. Este Concilio que tan mal acogen algunos. Y no precisamente los más alejados o los más ignorantes. El pueblo lo acoge bien, muy bien. Aunque no comprenda algunos detalles y matices. Tampoco lo acogen mal los muy cultos, ni los que desean, como Juan XXIII, una puesta al día de la Iglesia. Quienes lo miran con recelo, quienes hacen todo lo posible por impedir que se dé importancia a sus decisiones, son los ultraconservadores, los que querrían que la Iglesia se petrificase en el siglo XIX, con su rígida teología de manuales y su estructura de pura disciplina, como acaba de recordar el P. Stransky, miembro de la Comisión para la Unión de los Cristianos.

A éstos es a quienes varias veces el Papa actual ha llamado la atención, recordándoles que «no sea vuestro corazón cerrado y exclusivo, encerrado en la sombra de vuestro campanario», porque al «Ministerio apostólico no le es suficiente una actitud conservadora». Querría el Pontífice «suprimir un día todo obstáculo, todo malentendido, toda desconfianza que nos impiden todavía sentirnos totalmente un solo corazón y una sola alma» con los cristianos que no son católicos, y para ello pide buscar sinceramente «conocer mejor y acoger todo lo que hay de aceptable en las diversas denominaciones cristianas separadas de nosotros».

Ese ideal ecuménico, humilde y sin paternalismos ofensivos: ese afán de «reforma» de la Iglesia, hecho profundamente, reconociendo todo lo bueno que puedan tener los ortodoxos y protestantes, y que podemos asimilar en nuestra Iglesia, como un valor positivo; ese es el ideal que Pablo VI ha marcado hondamente al Vaticano II, a despecho de algunos.

Pese a quien pese, «hay que sacudir el polvo imperial que se depositó tras Constantino en el trono de San Pedro»; eso es lo que dijo Juan XXIII al cardenal Léger en una audiencia que le concedió poco antes de morir. Querriamos que muchas ceremonias, costumbres y doctrinas, más humanas que cristianas, que se han adherido a la Iglesia, sean limpiadas y barridas de ella, para bien de las almas del siglo XX, de ese pueblo que critica a la Iglesia, no por ser la imagen de Cristo, sino porque, a veces, la oculta a sus miradas con la pantalla de ese «polvo imperial» de que hablaba el bondadoso Papa Juan.

**E**L primer tema que ha tratado el Concilio, en esta tercera fase, ha sido el de la Iglesia.

Después de notables retoques ha quedado dibujado un cuadro de la Iglesia de Cristo, elevado y profundo, que merecerá la aprobación de la asamblea conciliar, a juzgar por las votaciones realizadas.

En este esquema se da una importancia central al «pueblo de Dios». La Iglesia es una asamblea, una reunión de creyentes, que han sido elegidos por Dios —como lo fue el pueblo judío en el Antiguo Testamento— para ser su pueblo.

La Iglesia no es esa imagen meramente autoritaria, no es sólo esa pirámide clerical de que hablaba, haciendo de ella una dura crítica, un famoso padre conciliar en la segunda sesión.

El pueblo fiel, el conjunto de los que creen en Jesucristo y le siguen, es la Iglesia. Pío XII llegó a afirmar de los simples fieles, que no sólo pertenecen a la Iglesia, sino que son la Iglesia.

Ciertamente que la Iglesia tiene un orden y un mínimo de organización: pero el error está en hacerla demasiado semejante a los poderes humanos. «La Iglesia no es un Imperio» (Pío XII). Y hoy cada vez somos más sensibles a ello. El pueblo tiene su misión activa, como la tiene la Jerarquía, aunque su función sea distinta.

En la Semana Teológica que acaba de celebrarse en Madrid ha habido una notable intervención: el trabajo presentado por un profesor español de Teología en una Universidad eclesiástica de Roma. Nos ha recordado algo que ha sido constante en la vida de la Iglesia, y que los teólogos actuales (a diferencia de los del período posterior a la Reforma protestante) casi unánimemente han valorado: el papel que han jugado los fieles (en su conjunto) en la conservación, transmisión y defensa del depósito de las verdades reveladas por Cristo.

Algunos, influidos por su errónea visión teológica, han falseado la historia de la Iglesia. Los obispos son quienes enseñan, cuando hay necesidad; pero el conjunto de los fieles es el que cotidianamente, con su segura fe, la transmite y preserva del error a la Iglesia. El cardenal Newman —excelente historiador y profundo pensador— estudió el siglo IV, y el proceso de la herejía arriana, y sacó tres conclusiones, que son válidas para todos los tiempos: 1) «que tomados en masa, en toda la extensión de la cristiandad, los católicos fueron los campeones obstinados de la verdad católica»; 2) «que el dogma de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo fue proclamado, defendido, sostenido y preservado (humanamente hablando) más por la Iglesia enseñada (el pueblo) que por la Iglesia enseñante (la Jerarquía)»; 3) «que fue el pueblo cristiano quien, guiado por la Providencia, constituyó el apoyo de Atanasio, Hilario, Eusebio y otros grandes campeones solitarios, que hubiesen fracasado sin su apoyo». El Concilio de Nicea no hubiese triunfado sin la fuerza y la firmeza del pueblo cristiano. Y esto debe saberlo este mismo pueblo de hoy que, demasiadas veces, se le ha tratado en forma puramente pasiva. El es quien tiene la fe que influyó para que muchos dogmas fueran proclamados por el Papa o el Concilio, cuando especialistas y teólogos vacilaban. A un español, el padre Marín Sola, O. P., le cabe también la gloria de haber estudiado a fondo este papel del sencillo pueblo cristiano en el desarrollo de la fe en la Iglesia.

La autoridad última reside ciertamente en el Papa y el colegio de los obispos; pero muchos dogmas no se hubiesen definido sin el papel que le cupo al pueblo creyente en su defensa. De la misma manera que los males de la herejía hubiesen sido de mucha mayor cuantía, sin la activa cooperación del pueblo cristiano. Y eso no hay que olvidarlo, como no lo olvida el Concilio en su esquema sobre la Iglesia.

De ahí el peligro de quienes, con sus particulares concepciones rígidas, se separan del sentir general de la Iglesia, que es la «con-



De nuevo, el Concilio, tan excelentemente acogido por el pueblo, por todos aquellos que desean una «puesta al día» de la Iglesia, como quería Juan XXIII.

gregación de los creyentes» (Pablo VI), pensando que sólo su pequeña minoría está en la verdad. Si hoy vemos, por ejemplo, que la inmensa mayoría católica, que casi hace unanimidad moral, defiende allende nuestras fronteras la libertad religiosa, como expresión necesaria de la dignidad personal de todo hombre, no podemos encastillarnos en nuestras particulares ideas, sino valorar este síntoma que para la fe supone postura tan significativa. Máxime si la casi totalidad de la Jerarquía universal, de los teólogos, y el Organismo conciliar encargado de este tema coinciden con este sentir que es casi general.

En nuestro propio país son ya muchos los católicos, y bastantes los teólogos, que se inclinan por esta doctrina; y, sin embargo, todavía algunos no quieren interpretar esta tendencia, sino como una desviación peligrosa.

Tan cerrada es su visión que, en los pasillos de la Semana Teológica, había un eclesiástico que hablando conmigo sobre la abierta doctrina que va a proclamarse con toda probabilidad en el Concilio (al menos en lo que es previsible) y que él mismo reconocía ser así, me decía: «Desengáñese usted, aunque la Iglesia decida en el Concilio esta apertura a la libertad, no pasarán muchos años en que se volverá atrás de su determinación, y adoptará nuevamente la postura de proclamar el derecho a la libertad de expresión religiosa nada más que para los católicos».

Si esto es tener sentido católico (es decir, en comunión con la Iglesia Universal) que me diga alguien si lo entiende.

En cambio, un religioso jesuita mantenía, en aquella misma reunión, con firmeza, la tradicional idea de nuestro teólogo clásico Francisco Suárez, S. J., que, en germen, se aproximó mucho a nuestra postura moderna. El Estado, según se desprende de su doctrina, no puede intervenir en materias religiosas, salvo en aquello que corresponde a la ley natural.

Igual que Juan XXIII, vislumbraron aquellos teólogos antiguos (pero profundos), que las sociedades temporales no podían estructurarse, sino sobre la base de lo que es común a todos los hombres: la naturaleza humana. Lo demás, el ámbito de lo sobrenatural, no es materia de legislación civil, sino misión espiritual de la Iglesia.

Creemos, como el cardenal Koenig, que se prevé que en el Concilio «la Iglesia... va a afirmar que... reconoce la libertad religiosa y la pide para ella y para los otros, en todos los lugares y en toda situación, y que no solamente tolera, sino que respeta todas las convicciones religiosas de cada hombre». Aunque el Espíritu Santo dirá la última palabra.

Esta Semana Teológica española ha adolecido de graves defectos: los ponentes sobre la libertad religiosa han sido del extremo más conservador, que no representan ni la Iglesia de los países fuera de España, ni siquiera todas las corrientes españolas actuales. Varios ponentes han carecido de la profundidad, documentación y serenidad científica que debe pedirse a una semana de estudios de investigación. Los organizadores debían cuidar mucho más su preparación, porque en España estamos faltos de nivel teológico en nuestra cultura, y el mundo eclesiástico debe colaborar lo más posible a elevarlo.

**T**AMBIEN se ha planteado el Concilio el problema de la Virgen. La devoción a María es característica del catolicismo; pero, dentro de él, hay dos corrientes: una maximalista y otra minimalista. Generalmente, los países latinos tienden a la inflación mariana, y los demás países (excepto Polonia) suelen inclinarse (sobre todo los germanos y anglosajones) a una devoción más severa y comedida. No gustan tampoco a la mayoría de los teólogos dogmáticos las exageraciones de algunos mariólogos. Creen que se respeta más a la Virgen proclamando la verdad escueta, que exage- **SIGUE**

## EL CONCILIO

rando con expresiones inexactas, que confunden al pueblo a veces y, casi siempre, a los protestantes.

Un gran número de obispos han proclamado en el Concilio la necesidad de tener en cuenta el rigor de pensamiento en esta materia y el sentido ecuménico de respeto a los hermanos separados, y evitar todo aquello que es menos exacto, o que puede dar lugar a confusión entre otros cristianos.

En el año 1957, en Roma, durante el Congreso Mundial de Apostolado Seglar, conocí a un sacerdote ortodoxo que asistió a alguna sesión, y discutimos sobre la Virgen. Criticaba este «pope» el título de «corredentora» aplicado a María, y cuando le expliqué lo que queríamos significar los católicos con ello, se quedó sorprendido, pues él pensaba igual. Ese es un ejemplo que yo viví de cómo ciertos términos confunden más que aclaran.

Contra lo que algunos creen, tampoco los protestantes son siempre enemigos de la Virgen: ahí está para demostrarlo el último libro del monje protestante de Taizé, Max Thurian, un calvinista de tendencia ecuménica. En él se ve que muchos malentendidos han sido superados; y que bastantes otros podrían serlo, si nuestro lenguaje tuviese más en cuenta lo que nuestros hermanos no van a entender. Los cardenales Léger y Bea han sido quienes más sensatamente han mantenido este punto de vista, sobre el cual la Iglesia decidirá en estos días.

Respecto a ese afán excesivo que algunos tienen por lo maravilloso tratándose de la Virgen —revelaciones privadas, apariciones, etcétera...— monseñor Ottaviani, el rígido dirigente del Santo Oficio, hace años puso en guardia contra ello, diciendo que damos «un espectáculo de fatuidad o de insana exaltación». Y es necesario no fomentarlo con nuestras alegres expresiones.

**U**N aspecto muy importante ha sido el de la función de los obispos de cara a la Iglesia Universal.

Los especialistas católicos, como Colson, estudiando los primeros siglos del cristianismo, afirman que el obispo es antes obispo de toda la Iglesia, que obispo de su diócesis. Y, por tanto, que a todo obispo le compete una responsabilidad en la marcha de la cristiandad. Y como contrapartida se saca la consecuencia de que un católico tiene que estar más atento de lo que hasta ahora estaba, a lo que dicen las jerarcas católicas de fuera de su propia diócesis. La Iglesia es una comunidad no sólo local, sino universal. Es una gran asamblea de todos los creyentes, y de todos los obispos que cuidan de ellos. La comunión de los santos, que proclamamos en el Credo, tiene también este sentido de unirnos a la Iglesia Universal.

Las bases fundamentales de esta postura universalista han sido aceptadas por Pablo VI en su discurso al Concilio, así como en la nueva fórmula de aprobación de los decretos conciliares, que ha hecho redactar. El Papa no se considera como una cabeza solitaria (como algunos ultramodernos del siglo XIX lo hacían), sino como el jefe de un colegio de obispos, en estrecha cooperación con ellos. Y eso lo ha aprobado ya el Concilio.

**U**N Concilio —contra la impresión que a veces se puede tener— no es una plaza pública donde luchan opiniones encontradas, con el afán de que triunfe una de ellas. Es un instrumento en manos del Espíritu Santo, compuesto de hombres ciertamente defectuosos, como todo ser humano; pero a través de los cuales nos da Dios el mensaje que necesita nuestro tiempo.

Por eso el padre Luis Bouyer recordaba, en el periódico católico conservador «France Catholique», que el Concilio «es lo opuesto a un Parlamento» con sus partidos contrarios en lucha, ya que «está hecho para salir de estas oposiciones, no por el aplastamiento de un partido por otro, sino por la desaparición progresiva de los partidos». En una palabra: se intenta captar y conseguir la unanimidad moral de la Iglesia en una convergencia, y no en un triunfo de algunos.

E. M. M.  
(Fotos DALMAS)

# triunfo

PUBLICARA LA PROXIMA SEMANA

## ZARAGOZA

Desde el aire y a ras de tierra, la gran urbe española. Un reportaje excepcional de nuestros enviados especiales

UN "MISSILE" CADA DIA

Segunda parte de "Los hombres del apocalipsis". Un documento sobre las armas de la fuerza de disuasión occidental

y pronto...

LA VIDA PRIVADA DE B. B.

El ayuda de cámara de la estrella escribe una serie que introduce al lector en su mundo íntimo

y

LOS DIAS MAS PROFUNDOS

En el fondo del mar de la mano de Robert Stenuit